



Reseña

Daniel Link. *La lectura: una vida...* Buenos Aires: Ampersand, 2017, 220 pp.

Sergio Mario López¹

“Yo no sabría nada de mí, ni del mundo, ni de lo que hay más allá de mí y del mundo, si no fuera por un acto de amor y de enseñanza.” (56)

La lectura: una vida... es el nombre de la autobiografía lectora de Daniel Link publicada en la Colección Lectores de la editorial Ampersand. A diferencia de otros libros de la colección, como *Citas de lectura* de Sylvia Molloy o *Trance* de Alan Pauls, el de Link encuentra su diferencia específica respecto de la colección en su segmentación a partir de quienes le enseñaron a leer: sus pedagogos. Registra, también, a modo de reinscripciones, huellas de sus publicaciones que coinciden con pasos de vida de la formación lectora y del desarrollo profesional: insertos de escritura que el racconto convoca y aloja.

El ingreso al libro establece una serie de pautas y declaraciones. El libro relata la relación que una generación “atravesada por el trauma” (7) tuvo con la lectura y sus sentidos. Link estructura el relato a partir de quienes lo llevaron la práctica de diversos modos de lectura porque sus indicaciones “se transformaron, más tarde o más temprano, en una manera de leer y en una pedagogía” (7). Con

¹ **Sergio Mario López** es docente e investigador en la Universidad Nacional de San Juan. Es profesor titular de Historia del Teatro Argentino y miembro del Programa DICDRA (Desarrollo para la Investigación y Creación Dramática). Es también profesor Literatura Argentina en el Instituto de Formación Docente Continua San Luis y cursa la Maestría en Literatura Argentina de la Universidad Nacional de Rosario.

respecto a la vida, la vida lectora cuyo relato abre, es definida en los términos que siguen:

Una vida solo está hecha de virtualidades, de acontecimientos, de singularidades. Lo virtual no es algo que carece de realidad sino algo que se compromete en un proceso de actualización (que puede alcanzar su fin o no) siguiendo una línea de sombra: cada actualización es un acontecimiento (una experiencia, un paso de vida), pero aun cuando el acontecimiento no llegue, su carácter potencial vibra como un pormenor lacónico de larga proyección. (7)

Molloy (una de las amistades del capítulo final) es quien codifica la fórmula narrativa de Jorge Luis Borges: los pormenores lacónicos de larga proyección que traman el relato, cualquier relato, y traban, en sucesión, su causalidad y su sentido. Esa lección de arte narrativo (y magia) es la que permite volver, bajo el aspecto de la lectura, a las experiencias que reconfiguran y diversifican la “máquina lectora” (56).

“Los años preescolares” está dedicado a la familia: madre, padre y abuela paterna. “Algo de mí nació” (9), afirma Link, porque no se atreve a fundar un yo sino una conciencia. Y, en ese nacimiento se encuentra el “álbum de recortes del bebé” (9), tomo basal de su biblioteca, de donde leer(se) y ser leído. Pasa al relato de la historia familiar y complementa lo biográfico con notas de herencia y clase que determinan el punto de partida de la conciencia lectora. El que nace es un “monstruo” (15) y, para Link (*Clases*, 2005), el monstruo es el desorden de las clasificaciones:

Yo fui entonces, pobre y enfermizo [...] pero además tímido y responsable. Cada año que le robaba a la enfermedad [...] se transformaba en un programa de trabajo para mejorar mi posición social futura por la vía del enriquecimiento simbólico, que es el tema de este libro. (17)

El niño pobre, enfermizo y responsable ingresa, entonces, al sistema educativo y la máquina lectora registra tres mutaciones y embraga el relato a partir de tres nombres, tres modos de leer, tres pedagogías de la lectura: la señorita Celia, la profesora María Inés Fernández y Enrique Pezzoni (en el Profesorado). Siempre que se modifica la máquina de lectura, algo de Link nace.

La señorita Celia es quien le recomienda el primer libro serio de su vida: *El Principito*. Desarrolla además algunas prácticas de lectura memorables: “para ella, la expresión estética surgía de la combustión simultánea de por lo menos dos series de perceptos: sinestesia y *ekphrasis* eran sus armas de combate” (32). Otras de sus prácticas, más estructuralistas, conducían al arte objetivo, aquel que prescinde del sujeto. De ese periodo recuerda su desarrollo como poeta escolar. El abandono de la poesía se relaciona con su vínculo con Arturo Carrera y la publicación de su único libro de poesía: *La clausura de febrero y otros poemas malos* (2000).

Para Link, los modos de leer de la secundaria están orientados a la imposición de un canon. La alfabetización tiene, por su parte, dos objetos fundamentales: la Ley y el Texto. Se enseña a leer derechos y obligaciones para formar ciudadanía, pero también se lee y se escribe literatura, es decir, se forma un público: “para que los escritores puedan intervenir [...] lo primero es formar público y es la escuela la responsable de esa formación decisiva sin la cual no habría siquiera la posibilidad de la literatura” (47). Ante la disyunción de enseñar la ley y enseñar textos, Link recupera dos posiciones para una pedagogía posible de la lectura: el dogmatismo cínico (de Humpty Dumpty) y el anti dogmatismo utópico (de Roland Barthes). De la profesora María Inés Fernández recuerda su modo de relacionar a los alumnos con el canon: “Nos leía textos y nos forzaba a la parodia, la transposición o la transformación narrativa a partir de uno de los momentos de riesgo del relato” (53).

Comienza, en este punto del relato, la formación como lector profesional en el Profesorado y la parte más densa de la vida lectora bajo la figura tutelar de Enrique Pezzoni. Para Link hay tres tiempos de la teoría: totalidad, especificidad y fragmentación. Y Pezzoni fue un lector a tres tiempos, para continuar con las figuras mecánicas. Link destaca su tarea de profesor y su concepción de la lección como motor de la obra crítica:

Enrique siempre supo que la tarea del profesor despliega una ética que encuentra en la política cultural su fundamento y desde el comienzo ligó su actividad de crítico y traductor con la pedagogía, de acuerdo con una escuela y unos maestros siempre obsesionados con vincular sus trabajos con la formación docente. (69)

Es a través de Pezzoni que Link ingresa a la vida literaria (Pezzoni no usaba la categoría de campo intelectual). El capítulo que lleva por título “La Dictadura” está dedicado a los cursos parauniversitarios de Beatriz Sarlo en las oficinas de *Punto de Vista*: no pudo asistir a los de Josefina Ludmer y ella aparece en el capítulo dedicado a los amigos. En esa coyuntura, la lectura adquiere, para Link, potencias desconocidas: “se podía tener problemas con el Estado por leer tal o cual libro. Es decir: ciertos libros tenían una potencia antiestatalista y antiautoritaria que podían llevar a la muerte” (77). En esa coyuntura, también, el formalismo y el método formal resultaron una forma de resistir dentro y fuera de las instituciones: “permitían sostener el habla en un espacio público no demasiado dispuesto a la proliferación de espacios de enunciación” (79).

La dictadura, para Link, intervino todos los campos. Y es en ese campo intervenido en el que ingresa a sus círculos. El trauma, que aparece desde el principio del relato, incide en la biografía de Link con la desaparición forzada de su primo Fernando, de quien hereda su primera biblioteca, comprada en lote por sus padres una vez que la severa abuela checa lo convenciera de abandonar su colección de revistas escolares.

El trabajo editorial para Ediciones de la Flor establece un nuevo desafío lector: “Hasta entonces yo me consideraba un buen lector, pero debía ejercitar mi pericia en una dirección que nunca había tenido en cuenta: ¿tal original podía convertirse en un buen libro y amortizar sus costos de producción?” (95). Este desafío de lector editorial pone el ojo en el libro como mercancía por fuera de la sensibilidad personal.

El capítulo dedicado al trabajo pedagógico inicia con una pregunta: “¿cuáles son los trabajos que desempeña un humanista del tercer mundo a lo largo de su vida?” (149). Docencia en nivel medio (de la que quedan los manuales *Liteartor*) y prensa cultural (para la que hay que leer el presente). De la docencia universitaria, Link desarrolla la experiencia de la cátedra “Literatura del Siglo XX”, una materia cuyos objetivos se le escapaban:

¿Qué enseñábamos? *Literatura mundial*, intersticios, umbrales de transformación, cosas que no cupieran con facilidad en las literaturas nacionales (esas pesadillas), zonas de contacto y de pasaje, el chisporroteo de dos placas tectónicas haciéndose cosquillas. (157-58)

Link define la cátedra como el lugar de todos los intercambios porque “en su seno se suspenden las dialécticas de la antigua pedagogía” (166) y aboga por una filología infraleve: “una lectura ni cercana ni lejana, sino en cámara lenta [...] En ese ralentamiento o *rétard* aparecerá lo infraleve, lo que en los textos vive todavía” (165).

Finalmente, el capítulo dedicado a los amigos comienza con una larga cita de Peter Sloterdijk sobre el humanismo como un espacio diagramado por las comunicaciones de la escritura, por una disciplina epistolar. “Historia de cartas (políticas de campo)” (*Cómo se lee*, 2003) es el título de su intervención que considera la posibilidad de concebir el campo intelectual como categoría histórica fechada entre el “J'accuse” de Emile Zola y la “Carta abierta” de Rodolfo Walsh. Es en ese después del campo en el que Link ocupa las posiciones en las que un humanista del tercer mundo se ve obligado a multiplicar su trabajo. Pero también en el que forja relaciones de amistad. El capítulo titulado “Las amistades” vira a la tercera persona para registrar algunas experiencias en común con Ana Amado, Raúl Antelo, Silvia Molloy, María Moreno, Josefina Ludmer y Ariel Schettini. Los libros de los amigos y los maestros (y sus recomendaciones) transforman, en la lectura y por ella, el desasosiego en alegría.

Link, a quien la obra de Borges no le interesa mucho (son, según un aforismo propio, Osvaldo Lamborghini, Rodolfo Walsh y Manuel Puig quienes delimitan el campo de la literatura argentina posible), se pregunta: ¿Cuándo leímos los argentinos a Borges por primera vez? En la respuesta a esa pregunta, Link encuentra las maneras en que se lee la obra de Borges y la literatura en general. Es Borges, también, el que le propone a Link la lectura como desafío y el libro consigna esos pasos de vida en que el desafío toma nuevos niveles de complejidad y lo obliga a mutar. Cada giro en la vida lectora de Link le propone el desafío de leer como, que es el revés asertivo de otra pregunta borgeana: ¿cómo se lee? La literatura del futuro y también la del presente dependen de esos modos de la lectura. Y Link, el alguna vez niño pobre, responsable y enfermizo que devino “profesor pop” (157) que “no sabe quién es” ni “en qué monstruo es capaz de convertirse” (56), transita los umbrales de transformación de la lectura en esa

doble entonación, como pregunta (herramienta fundamental de la filología) y como respuesta más o menos explícita: acepta el desafío y lee como se lee.